

TERUEL, P. J.: *Filosofía y ciencia en Hipatia*. Madrid: Gredos, 2011, 204 páginas.

Ángel Martínez Sánchez  
Universidad de Murcia (España)

---

Uno no puede dejar de maravillarse al tomar conciencia de cómo, pese a la abrumadora distancia histórica, las noticias acerca de unos personajes de hace más o menos, mil seiscientos años pueda despertar en nosotros la más cordial de las simpatías, situándonos a medio camino entre el reconocimiento y la admiración. Con esta obra, Pedro Jesús Teruel, doctor en filosofía, ha desviado el curso ordinario de sus investigaciones antropológicas, metafísicas y gnoseológicas, para realizar un bosquejo de toda la complejidad histórica en la que Hipatia de Alejandría, y su más célebre discípulo, Sinesio de Cirene, se vieron inmersos entre los siglos IV y V de nuestra era.

Es probable que, debido a esta cualidad de bosquejo, se apunte con acierto en el prólogo, a cargo de Alfonso García Marqués, que esta obra “no es historia, ni biografía, ni exposición del pensamiento filosófico y científico de dos importantes pensadores de la Antigüedad”, sino una alianza prismática de todo este hato de géneros literarios. Tampoco, deberíamos añadir, es una mera crítica a un famoso largometraje. El autor insiste en informar a sus lectores que, si bien la célebre película de Alejandro Amenábar ha sido el oportuno detonante de esta nueva publicación para la serie de estudios clásicos de la Editorial Gredos, sus intenciones y expectativas rebasan semejante empresa. La figura de Hipatia, a la que dedica la primera parte del libro, ha sido, como ocurriera con muchos otros personajes de la Antigüedad, un “cajón de sastre” de la historiografía. De manera sintética: no hay una única Hipatia, sino muchas, en dependencia de la época histórica en la que nos encontremos. Y es que, en especial durante los siglos XVIII y XIX y coincidiendo con aspiraciones culturales de índole ilustrada y romántica, la silueta de Hipatia fue ensalzada en el contexto del auge de nociones como la de autonomía intelectual, de diatribas anticlericales, o incluso de la causa feminista. Por ello, una de las preocupacio-

nes del autor ha sido la de contrastar la versión fílmica con el conjunto de las fuentes históricas que narran los trazos de la vida de la célebre maestra del Serapeo para, lejos de denostar la labor realizada por el director, resaltar el ingenioso juego interpretativo que el lenguaje cinematográfico reclama.

Sin embargo, la verdadera unidad de la obra la encontrará el lector en la relación que nos ofrece la figura de Hipatia unida a la de su discípulo Sinesio, y con ellos, el mundo que les tocó vivir, su actividad filosófica y su atención y diligencia para con los asuntos públicos. Estas líneas de fuerza son las que en verdad generan la estructura narrativa de la obra y que dotan de eficacia causal las explícitas intenciones del autor: tomar conciencia de la profunda contemporaneidad de estos dos singulares personajes y ver si es posible sacar alguna enseñanza de ellos.

Ya desde el comienzo, la vívida reconstrucción de los elementos fundamentales de la Roma que les tocó vivir, la de la decadencia, la de los conflictos internos e invasiones bárbaras, la de la corrupción moral y política, la de la ineficacia de las instituciones políticas y la pérdida progresiva de su legitimidad, quizás sea suficiente para recordarnos este presente, que a ti y a mí, lector, nos ha tocado vivir. Por ello, la mera consideración de las singulares vidas que Hipatia y Sinesio nos ofrecen, como ejemplos reales del puro ejercicio de las virtudes heredadas de la cultura helénica los hace erigirse una vez más en su labor de educadores.

La primera enseñanza que podrían legar a la posteridad es aquella que se deriva de considerar la actividad filosófica no como una mera profesión, sino como una forma de vida, un modo de ver el mundo (*Weltanschauung*). Ambos personajes decidieron consagrar sus vidas a la búsqueda incansable de la verdad, una vida de estudio que sabe reconocer que tanto en las obras como en los actos que estas inspiran se educa la mente joven e inculta y la capacita para alcanzar las verdades últimas. El estudio y el orden en la lectura son la iniciación al pensamiento riguroso y original que encuentra en la filosofía la única disciplina que dota de unidad y sentido a la totalidad del conocimiento humano. En nuestras sociedades, los sistemas educativos han seguido un proceso a través del cuál la cultura del esfuerzo y del estudio detenido y reposado de los distintos saberes, ha sido desplazada en pos de una cultura reduccionista, desde el punto de vista tanto metodológico como ontológico, en la que el profesional domina una pequeña parcela del *corpus* de las ciencias. Por ello las palabras de Sinesio hablan a nuestra época con la misma legitimidad con la que lo hicieran en sus días: “Este nuestro discurso define como especialista o experto a aquel que aísla una ciencia cualquiera, como adepto de una o de otra divinidad; como filósofo, en cambio, a aquel que armoniza en sí mismo la sinfonía de todas ellas y reduce a la unidad la multiplicidad” (Sinesio de Cirene, *Darío o sobre su norma de vida*, 4).

Sin embargo, esta vida consagrada al estudio deberá tomar una mayor amplitud. En segundo lugar, el estudio de la filosofía y la comprensión del Cosmos, en la que centraban su actividad científica, supone para nuestros personajes el correlato temporal de su fundamento intemporal. La armonía del cosmos remite a la perfección del Ser Divino, de tal manera que contemplación teórica no entra en pugna con el pensamiento de lo religioso. En este momento de convivencia religiosa, pero de auge y extensión de la cultura cristiana por el Imperio Romano, Hipatia decidió seguir el paganismo y adorar a los antiguos dioses; Sinesio, en cambio, abrazó el cristianismo pero prosiguió con la tarea de fundir la cultura grecorromana y la cristiana porque supo ver en ellas una línea de continuidad y ampliación. El juego entre ambos nos ofrece una muestra paradigmática de cómo la cultura helena fue perfectamente asimilada y ampliada por la civilización romana, como en Hipatia; con Sinesio, la cultura grecolatina fue asimilada y ampliada por la Cristiandad. Su mero recuerdo es ya una representación del nexo entre filosofía griega, civilización romana, y espiritualidad cristiana, y las posiciona como bases conformadoras de occidente.

En tercer lugar, esta posición de la filosofía como discurso integrador de los saberes no sólo se remite a los aspectos teóricos de la vida humana. Ambos filósofos estuvieron siempre en contacto directo con los asuntos públicos. Hipatia, como educadora y consejera, y Sinesio, que llegaría a ser nombrado obispo de la diócesis ptolemaida, no se cansarían nunca de repetir y anunciar a viva voz las virtudes desprendidas de la unión entre filosofía y política. La educación y el estudio de los saberes teóricos terminan por modelar una actitud vital que resulta del máximo rendimiento práctico, haciendo que la filosofía revierta sus contenidos en la sociedad que la ha producido, constituyéndose así como el más práctico de entre los saberes. La cultura grecorromana se caracterizó por ser una gran defensora del vivir bien, porque vivir de cualquier forma atrofia las potencias humanas y nos condena a sobrepasar las lindes de la barbarie. Lo que se ponen aquí en marcha son los mecanismos de la humanidad, la historia misma en la que el hombre se humaniza por la vía del conocimiento y sus frutos prácticos, cuya síntesis nos dirige a la búsqueda del bien común. Hipatia fue asesinada porque fue un símbolo de integridad moral de su época, algo difícil de soportar por una ciudadanía corrupta y desesperada; Sinesio, fue llamado a desempeñar diversos cargos públicos porque sus conciudadanos vieron en él un hombre capaz de trabajar por el bien común, dada su adhesión a la fe, su brillantez intelectual, su afabilidad y su carácter insobornable. Si bien toda actividad intelectual posee preámbulos morales, igualmente cierto es que, a través de la educación y el estudio de las *bonae litterae*, el carácter se hace bueno y tiende naturalmente hacia lo mejor.

Con estas tres enseñanzas se perfila el círculo del que emana la *humanitas*, la historia del ser al deber ser, del vicio a la virtud por la transmisión de los mejores frutos de la tradición. Hipatia y Sinesio ofrecen en este sentido un

gran contraste con su época. Fueron prácticamente los últimos representantes de un mundo que por haberse desocupado durante largo tiempo por mantenerse dentro de la empresa de la humanidad, se colocó a si misma a punto del colapso. “Las cosas fuera de su estado natural ni se mantienen ni duran” (Scienza Nuova §134) nos advertirá Giambattista Vico doce siglos más tarde. La empresa que se nos muestra en esta obra no nos puede resultar ni extraña, ni hilarante, ni ajena. La enseñanza que nos brindan estos dos grandes pensadores de la Antigüedad nos debe hacer reflexionar con seriedad acerca de nuestro momento, de nuestras instituciones, de la educación de las nuevas generaciones, de los intereses tácitos y subvertidos de este mundo, de si el momento en el que nos encontramos nos sitúa en algún lugar cercano a la humanidad o si tenemos ya un pie en la sedición irracional y en la barbarie. Nos congratulamos, por tanto, de esta nueva publicación que, siendo perfectamente abordable por el gran público, ha sabido no estancarse en meros convencionalismos o en la mera accidentalidad de una producción fílmica y trascender hacia más amplios y provechosos lares.